

TRABAJO XXXVIII

Ser azotado.

DESEANDO Pilatos librar de la muerte á Cristo nuestro Señor, por tener entendido que los judíos le acusaban de pura envidia y que no había en El culpa alguna de las que le imputaban, instaba mucho al Señor sobre que respondiese por sí. Pasmábase de su silencio y sufrimiento, porque jamás se vió aquello en ningún reo. Mas ya que el Señor no volvía por sí, ni decía cosa de que Pilatos se pudiese valer, no dejaba por eso de procurar librarle, porque su inocencia era tanta que ella por sí hablaba. Viendo los judíos su intención, metieron el pleito á voces con que atronaban el aire, clamando que le crucifigiese; y cuando Pilatos replicaba, no se oía otra respuesta del pueblo ni de los príncipes, sino *crucifícale, crucifícale*. No puede el hombre llegar á peor estado para la salvación, que estar determinado al mal, por pasión, odio ó por tal gusto de pecar, que se guarde de la razón y justicia (que le puede obligar á dejar el pecado) como debiera guardarse de la misma culpa; porque éste hace de la voluntad ley y razón, que es el mayor mal de la vida, y una semejanza del estado infernal, indicio de perdición y de que Dios ha desamparado el alma.

Estaban los enemigos del Señor tan desamparados de la gracia, que habiéndoles puesto el demonio en su corazón que matasen al Señor, de tal suerte se arraigaron en esta mala voluntad, que queriendo después el demonio impedirle, no pudo; porque viendo el enemigo la inocencia del Señor, su grande y más que humana paciencia, empezó á recelar si era para su mal la muerte que intentaba, temiéndose mucho de que aquel hombre podía ser el Hijo de Dios prometido en la ley, de quien se hallaba escrito todo lo que el Señor estaba padeciendo, del cual sabía bien que le había de quitar el dominio que tenía en el mundo y arrojarle fuera de las almas. Con este recelo espantó aquella noche en sueños á la mujer de Pilatos para que impidiese la muerte del Señor, con tantos modos, que estando el juez tratando de las culpas que imputaban al Redentor, le envió á decir su mujer que no se metiese en juzgar á aquel justo, pues por El se había visto muy atormentada aquella noche en visiones; y esto cooperó también á que Pilatos pudiese tanto empeño en librar al Señor. Queriendo, pues, el demonio volver atrás en lo que había comenzado, y estando ya Pilatos persuadido á impedir la muerte del Señor, no lo pudo el diablo lograr, ni con la justicia y razón, ni con la clara inocencia del Señor, ni con el empeño de Pilatos, sólo por atravesarse la perversa voluntad de los enemigos del Señor determinada al mal. Siempre fué y será verdad, que la propia voluntad es el mayor enemigo del hombre. Viendo, pues, Pilatos que ninguna cosa apto ve había con aquella gente, antes bien cada vez crecía más su furia contra el Señor,

determinó quebrantarla (aunque contra justicia) castigando al Señor por las culpas que falsamente le imputaban, mandándole azotar á fin de satisfacer con este menor mal el odio de los judíos y librar á Cristo de la muerte. Tal fué la justicia contra el Señor que, por no matarle, se tomó por medio contra toda justicia, el azotarle; y no hubo más leyes que la ira y aborrecimiento de sus enemigos, en que se cuidó más de satisfacerles con azotes injustos sobre el Señor, que de recurrir á su manifiesta inocencia para librarle. Luego que mandó Pilatos recoger al Señor adentro y azotarle, sufrieron los enemigos aquella detención, por ser para hacerle más mal; pero mientras le azotaban, estaban ellos contratando que no se contentasen con aquel castigo, sino que, en viéndole azotado, volviesen á su porfía hasta que á fuerza de gritos y alborotos le hiciesen crucificar.

Metido el Señor dentro, le desataron las manos, que estaban ya cárdenas y denegridas de las sogas con que le ataron desde la hora de su prisión hasta entonces (que era entre ocho y nueve de la mañana, poco más ó menos), y le desnudaron, arrojando sus vestidos á los pies de todos ó en algún rincón de la casa. Quedó el inocente Cordero desnudo, á la vergüenza, sin resistir ni hablar una palabra; sólo su sacratísimo corazón se estaba ofreciendo al Padre Eterno, por cuya obediencia padecía, y mandando á sus sacratísimas carnes se dejasen abrir por todas partes, y á su preciosa sangre que por todas ellas saliese, pues era llegada la hora de que por ella se emperase á contar y pagar el precio de la redención del mundo.

Así, desnudo le ataron á una columna de la casa del patio de Pilatos, renovando con toda crueldad los dolores y cardenales causados por las sogas con que hasta entonces le tuvieron atado; y como estos azotes eran sentenciados, no por justicia, sino por quebrantar la furia y saciar el odio de los enemigos, no puso Pilatos número, ni hubo en ellos forma, ni figura de juicio. Conforme á la ley de los judíos, no habían de pasar de cuarenta, y por ley de justicia ordinaria no se acostumbraba azotar hasta desollar y casi matar, sino que todo se hacía con peso y medida. No así en el Señor, donde no hubo más ley que la voluntad y crueldad de los verdugos, atizados ya por los príncipes de los judíos para que hiciesen al Señor todo el mal que pudiesen; y para más complacerlos, se remudaban los verdugos, entrando unos de refresco á azotarle cuando otros se cansaban; y desde los pies á la cabeza le hicieron una viva llaga, dándole, no sólo en las espaldas, sino en todo el resto del cuerpo; y no habiendo ya por aquel lado cosa que no estuviese abierta á azotes, usaron de una nueva y nunca vista crueldad, desatando al Señor y volviéndole á atar con las espaldas á la columna y las manos atadas por detrás, descargando con la misma crueldad azotes en el pecho, estómago y demás partes, desde los pies á la cabeza; de suerte que más parecía su sacratísimo cuerpo desollado que azotado. El número cierto de los azotes no se sabe; pero dicen que fueron tantos, que pasaron de cinco mil.

La crueldad y grandeza de este trabajo no se puede imaginar. Hubo almas santas á quienes Dios hizo merced de manifestarles su sacratísimo cuerpo tan abierto y llagado como le dejaron los azotes, y quedaron tan pasmados y traspasados de dolor con semejante vista, que por sola ella vivieron toda la vida en continuo dolor y aflicción de los dolores del Señor, ardiendo siempre en un perpetuo fuego de tan excesivo amor como el Señor mostró á los hombres en este tormento. Paréceme que así como la abeja hace el panal lleno de agujeros, donde no sólo forma la miel, sino que de ella misma se sustenta, así quiso el Señor abrir con tantos azotes su cuerpo y venas, como un suavísimo panal en que sus hijos se crien y mantengan de su preciosísima sangre. Por tanto, los que saben sentir bien este tormento no se contentan con mirarle á bulto ó por junto, sino que recorren cada llaga, en cada una se detienen, á cada una adoran y de cada una sacan espiritual dulzura y amor, de que se mantienen.

En todo esto callaba el Señor; ni mudaba su hermosísimo rostro, ni mostraba tristeza, ni se desahogaba en lo que padecía; no torcía su delicadísimo cuerpo, ni abría su sacratísima boca, antes se mostraba tan entregado á todo, como si fuera insensible; tan callado, como el cordero delante del que le quita el vellón; tan sometido á cuanto querían hacer de Él, como si fuera esclavo; tan sin quejarse, como si estuviera culpado y convencido; cada azote lo esperaba con sufrimiento, y cada uno lo ofrecía al Padre Eterno por el género humano. De este modo hacía todos los oficios perfectísimamente: en el cuerpo padecía, y con el alma ofrecía sus llagas y su sangre en sacrificio de los pecadores; y su sacratísima divinidad le aceptaba en precio y satisfacción de nuestro remedio. Y como este fué el primer tormento en que el Señor se vió bañado en su preciosa sangre, no es decible el abrasado amor en que su Corazón estuvo ardiendo mientras lo padeció, pues por él decía á sus Apóstoles que había de ser bañado en un bautismo que deseaba mucho, cuya tardanza le traía en una continua pena y tormento. Bien podemos juzgar que no era menor el gusto de verse ya metido en este suspirado baño, que el tormento gravísimo y cruelísimo de los azotes que abrieron tantas llagas por donde brotase la sangre y se bañase en ella. Todo esto son extremos de dolor y amor de dolor, como clara prueba de su excesiva caridad, y del amor que de tal suerte triunfó de este Señor, que le condujo al fin de cuanto por los pecadores quiso padecer.

Este es el espejo en que todos los Santos aprendieron el modo con que habían de tratar sus cuerpos, y obligarlos á servir al espíritu; porque mientras nos hallamos en esta vida, el mayor enemigo que tiene el alma es su cuerpo, pues éste sufre mal la estrechez y sujeción; y como no le impelen más que sus inclinaciones terrenas y apetitos de los sentidos, corre con tanta furia á lo que es inclinado, que las más veces engaña y derriba al espíritu, y él solo da más que hacer á los que de él quieren librarse que todos los

enemigos del alma. Lloraba San Pablo que hallándose interiormente iluminado en las verdades de la ley, y con propensión del espíritu para ellas, sentía en sus miembros otra inclinación tan contraria, que le pretendía someter á la ley del pecado, que tiene sus raíces en el cuerpo; y aquella contradicción á la ley purísima del Señor, le hacía que se reputase por ella más desventurado, que grande por las muchas mercedes recibidas; pues todas ellas no acaban de extinguir las malas inclinaciones del cuerpo. Y como los Santos en ninguna cosa se desvelan más que en la suma sujeción á la ley y voluntad del Señor, parece que de todo hacen poco caso mientras tienen mucho que hacer en sujetarse á ella sin contradicción de la carne. Por eso viven siempre descontentos de la vida, con aborrecimiento de sus inclinaciones corporales, y en guerra perpetua con el cuerpo.

Pues si San Pablo, confirmado en gracia como los demás Apóstoles y seguro por ella de la gloria, se llamaba desventurado con tantas mercedes como había recibido del Señor; si vivía en tales recelos que castigaba su cuerpo y le reducía á servidumbre (como él mismo confiesa) porque predicando á otros no fuese él reprobado; y si los Santos traían perpetua guerra con su cuerpo y le castigaban con espantosas penitencias ¿en qué confían para librarse de él los que en ninguna otra cosa se desvelan más que en darle gusto? El santo rey David por un pequeño descuido en mirar á una mujer ajena, sin recelarse por entonces de la malicia de su cuerpo, cayó en adulterio y homicidio. Su hijo Salomón, con haber recibido de Dios más sabiduría que todos los antepasados, por no negar á sus sentidos lo que le pedían, vino á ser tan cautivo de su cuerpo que llegó á negar á Dios, ofreciendo sacrificio á las mujeres gentiles. Y si á David no le vale su santidad, ni á Salomón su sabiduría para no caer cuando se descuidan, ¿cómo podrá mantenerse sin caer quien pone todo su cuidado en los gustos del cuerpo? Por tanto, tomando el Señor sobre sí las penas que nuestro cuerpo merece, quiso ser azotado de pies á cabeza y llagado en todos sus miembros; para que ya que nosotros vivimos en tan sumo descuido que en todos pecamos y á todos los tratamos como amigos, siendo los verdaderos enemigos del alma, no quedase en Él miembro que, con muchas llagas y copiosa sangre, no pagase por las culpas de los nuestros. Y no contento con esto, aumentó otros dolores á los miembros en que no cabían azotes, como después diremos, para que todos ayudasen á pagar con dolor nuestros desordenados gustos.

De esta planta divina brotaron las grandes penitencias de los Santos, los azotes que se dieron para mortificación de su cuerpo (que es un género de penitencia católica que no leemos se usase más que por los cristianos después de la venida del Hijo de Dios á la tierra), los cilicios, las cadenas de hierro que algunos trajeron, y, sobre todo, el refrenar los sentidos para que no vean, oigan, habien ni gusten ni aun de cosas lícitas, á fin de que, castigado y re-

frenado el cuerpo, sirva al espíritu y no le impida sus verdaderos bienes; y aunque de esto hay notables ejemplos, mencionaré sólo uno, referido por Paladio: que estando dos Santos hablando de Dios sobre la lección de la Sagrada Escritura, uno se distrajo mirando cómo un arado iba abriendo la tierra en una heredad que tenían delante. Preguntado por el otro qué le parecía de lo que trataban, le dijo que se lo repitiese; y volviendo sobre sí con la reflexión de que por la distracción de los ojos apartó la atención de las cosas divinas que trataba, se dió un espantoso castigo. Mandó hacer un cinto y un collar de hierro, con otro hierro corto que tiraba por delante desde el collar al cinto, de suerte que le hacía andar siempre con el cuerpo doblado y la cabeza inclinada, sin poder mirar al cielo; y se condenó á no salir de la celda sino para la iglesia, por una senda muy estrecha, por la cual iba siempre mirando á los pies, sin derramar la vista á ningún lado; y en este castigo que oió á su cuerpo perseveró cuarenta años. Preguntándole los discípulos por qué no se enderezaba para mirar al cielo y á las criaturas que incitaban á la alabanza y amor de Dios, dió una respuesta digna de tal santidad: Yo, hijos, bien veo cuán bueno es ver el cielo y alabar á Dios por sus criaturas; pero como este cuerpo es un malvado enemigo mío, y el demonio siempre le atiza al mal, tengo con ambos este género de batalla para que se ocupen en tentarme á que deje esta penitencia y no me inciten otros mayores vicios; porque si me vencieren en esto, es materia en que yo quedo sin culpa y ellos sin victoria, y si no me pudiesen vencer, quedan ellos más corridos y yo más seguro. Este es el espíritu del Señor y verdadera imitación de Cristo: no esperar á verse en las tentaciones, peligros y pecados para hacer después penitencia; sino atajar con la mortificación de sus cuerpos la malicia que reina en ellos por el pecado de Adán, en que nacemos; para que no se levante contra la ley de Dios y contra el alma, y que cuando quisiere levantarse tengamos tomado el puerto. Privarse de cosas lícitas para que el cuerpo gima acerca de lo que es debido y se contente cuando le dieren lo necesario, y de este modo se descuide de pedir cosas ilícitas.

Veán ahora dónde quedan los que sirven á los cuerpos como á sus señores, y al alma tan escasamente, con tanta frialdad y tardanza, que siempre la dejan necesitada y hambrienta; viéndose desatendida en su misma casa la señora, y el cuerpo, nacido para servir, vivo señor, saciado y lleno de malicias. Quien con las penitencias de los Santos no se atreve, tiene un singular consejo para castigo y pena de su cuerpo, que es sujetarle á cosas que purifican el alma y acercan á Dios, como son el uso de los Sacramentos y la oración interior; porque con esto no vive tan desenfadado, y en la oración le hacen estar preso y que sea conocida su malicia, para que no engañe con tanto despotismo. La oración es la cosa que menos sufre el cuerpo, y á trueque de ella escogerá sujetarse á los azotes; porque en la oración mental están atados los sentidos, sus inclinaciones y la vanidad de sus pensamientos, en que más se ex-

playa, y de la oración sale el alma más cuidadosa y vigilante sobre el cuerpo. Por conclusión de esta materia, en que hay mucho escrito, renuevo una divina especie de San Cipriano, en el libro *De la virginidad*: Que así como el esclavo no es apreciado por ser gálán, suave y gracioso, sino por ser muy aplicado é incansable en el servicio, así nuestro cuerpo es más apreciable y se hace más digno de la compañía del cielo cuando, despreciando la ociosidad, delicadeza y regalo, se rinde más al trabajo, y cuanto puede con más carga, tanto mejor hace su oficio en la casa de nuestra humanidad.

EJERCICIOS DE LOS AZOTES DEL SEÑOR

Llegó, mi buen Jesús, la hora en que os han de rasgar vuestras purísimas é inocentes carnes; llegó la hora en que os han de abrir vuestras venas y habéis de derramar vuestra preciosa sangre para nuestro remedio. ¿Qué corazón ha de haber para ver un castigo tan cruel en Vos, mi único y verdadero bien? Múdeso esto; á mí me corresponde, pues yo soy el que pequé. Con Vos no se guarda, bien mío, ninguna justicia. Pilatos os reconoce inocente, y dice á los perversos judíos que os castigará, y enmendado os soltará. ¿Qué ha de enmendar en Vos, pureza infinita? ¿De qué os puede castigar, corchero sin mancha? Sin que habléis, ni respondáis por Vos, conoce Pilatos con toda claridad vuestra inocencia, y por saciar el odio de vuestros enemigos dice que os quiere castigar. Todas las leyes se quebrantaron para Vos, que á todos guardáis ley. Castigase al culpado para que los demás se precavan, y no sea necesario castigar á muchos; pero á Vos, mi bienaventuranza, os castigan sólo por hartar la ira de vuestros contrarios. No se usa con Vos de más ley que la perversa voluntad, envidia y aborrecimiento de los fariseos, y aun el medio que se toma para libraros de la muerte es abrirlos á azotes, con el fin de satisfacer la mala voluntad de los que en todo os acusan falsamente. Bendito y alabado seáis, Dios mío; el cielo, la tierra, y todas vuestras criaturas os alaben. No acontece esto, Dios mío, casualmente; Vos lo ordenasteis así, así lo quisisteis y anduvisteis toda la vida suspirando por esta hora en que os habían de hacer todo una llega, saciarse de vuestra preciosa sangre y bañaros en ella. Yerra Pilatos en cuanto hace; pero nace todo de la ley de vuestro amor. Este arde perpetuamente; desea leña en que se encienda más, y como dió en esa sacratísima humanidad, hace todos esos extremos. La ley de vuestro amor es no tener regla, medida, figura, ni orden de justicia humana; sino que todo os quiere consumir en puro fuego, y expenderos todo por mí. Tiene por poco que con Vos se guarden las leyes y que os hagan justicia; quiere arder sobre toda ley, sin término y sin el orden que se os debe, y por eso hace que os deis todo por mí. ¡Oh amor! si tanto puedes hacer en un soberano Señor ¿por qué no consumes á este siervo? ¿Sólo para mí se ha acabado tu fuerza? Os amo, mi buen Jesús, y deseo consumirme todo en vuestro amor. No queráis arder solo, Dios mío, en ese fuego; abrasadme también á mí, pues eso es lo

que pretendéis, y bien podéis consumir la escoria de esta alma, y hacerla toda fuego.

No quiso vuestro amor que os tuviesen cortesi; sin ningún respeto os desnudan y atan á esa columna; remítanse los sayones cansados de azotaros, y aunque en todas las cosas de mi favor guardasteis siempre conmigo piadosas leyes, llegando á padecer, queréis que con Vos se quebranten todas y que por cuarenta azotes que prescribe la ley, os den tantos que pasasen de cinco mil; y que no bastando para ellos las espaldas, os vuelvan por el pecho, y en ellas y en el estómago (cosa nunca vista), en los brazos y piernas, en fin, de pies á cabeza os llenan de crueles azotes, unos sobre otros; todo os abren; por todas partes corre esa preciosa sangre, como si tuvieseis por mal empleada la parte de vuestro cuerpo que por mí no derramase cuanta sangre tuviese; de este modo quisisteis servirme todo, y parece por mí un leproso llagado de pies á cabeza. ¡Oh vida de mi alma! ¡Oh riqueza y abundancia de mi corazón! Aquí mi pasmo, quedo atónito, y enmudezco. Arrójome á esos pies sacratísimos, besaré ese suelo regado de tan preciosa sangre; aquí lloraré mis pecados, que así os trataron; aquí los confesaré; aquí esperaré vuestra misericordia, y nunca de ella me apartaré. De llaga en llaga andaré, como abeja por el panal de miel, gustando la suavidad de vuestra dulzura, ya que quisisteis, Criador mío, hacerme un panal tan abierto para esta vuestra criatura; y así como la abeja se cría en el panal para salir siempre inclinada á él, quisisteis también, dulzura de mi alma, recogerme en esas preciosas llagas de que nos mantenéis, y sustentar nuestros corazones con la suavidad de vuestra preciosa sangre. Ahí nos abrazáis con amor de madre, ahí nos llenáis de bienes como verdadero Padre; ahí nos enriquecéis y ensalzáis como poderoso Señor, para que siempre vivamos de Vos y en Vos, para que á Vos corramos y siempre nos parezcamos á Vos. Ya, Señor, no puedo decir con David que los pájaros tienen nidos en las tejas y mechinales en vuestra casa para recogerse, y que yo no, ni puedo decir con Vos que las raposas tienen cuevas en que recogerse, y que yo vivo sin tener dónde refugiarme; pues Vos, piedra firmísima, recibidor dulcísimo de los atribulados, dulcísimo agasajador de todos los que os buscan, os abristeis todo para recogerme en Vos. ¡Oh, si nunca me apartase de aquí! ¡Oh, si nunca conociese otro lugar de descanso! ¡Oh, quién siempre suspirase por las llagas de esos azotes, y se encerrase en ellas con toda el alma!

Cómo, vida mía, esperanza de mi corazón, salud de mis gangrenadas llagas, ¿cómo sois tan cruel para Vos, y para mí tan blando? ¿No parecería yo mejor abierto á azotes, pues pequé, que Vos, inocentísimo Cordero? Yo os ofendí con todos mis miembros, y con ellos y los sentidos que me disteis he servido á la malicia de mi voluntad, al mundo y al demonio; córrome de pensar y decir cuán mal usé de todo; Vos, luz verdadera y sabiduría infinita, lo veis; bien sabéis que sería poco abrimme todo en llagas para satisfacción y remedio de aquellas con que plagué á esta pobre alma; y con todo eso,

sabiendo Vos cuán feas y abominables son, me perdonáis á mí, á mí me regaláis, á mí me mantenéis con vuestros bienes, y á Vos os abris todo en llagas. ¡Oh amor, que siempre ardes y nunca te consumes! Muda toda mi vida, cuerpo, substancia y alma en ese fuego y en tu santo servicio. Bien sabéis, Dios de mi alma, que la mejor prenda de un esclavo es abarcar mucho trabajo y servir para mucho; padezca, pues, y sirva mucho mi cuerpo para utilizar al alma, cuyo esclavo es, hasta que merezca ser su dulce compañero en la gloria. Así debía ser; mas yo amé siempre á mi cuerpo, siempre le serví, siempre hice su esclavo al espíritu; por él os perdí á Vos, todo mi bien, repetidas veces, y cuantos bienes me disteis los destruí por su gusto; todo lo gasté mal como infiel siervo, rebelde y traidor. Vos, inocentísimo Cordero, que no tenéis cuerpo desobediente, sino compañero fidelísimo del alma, le tratáis como contrario; y lo que yo debiera padecer, Vos lo quisisteis sufrir para perdonarme. ¡Oh infinita liberalidad, aquí me ofrezco todo á vuestros pies! Partid conmigo, Cordero Jesús, esos azotes, Vos sois mi Señor, mi amigo, mi verdadero Padre, suave para mí y sólo riguroso para Vos. Entregáis vuestro cuerpo á crueles manos y malicia desenfrenada, que, sin piedad y sin término, os llenen todo de azotes y de llagas; y para castigarme á mí estáis Vos mismo, piadosísimo Padre, pesando con vuestra mano los trabajos que me habéis de dar por la medida de lo que alcanzan mis fuerzas, y ayudándome sobre esto á que pueda llevarlos; os compadecéis de lo que me duele, y reguláis por vuestro blando corazón y amorosísima voluntad que me tenéis, los azotes con que me castigáis. Pues, Dios mío, ¿de qué me puedo quejar? Verdaderamente me porto como malo cuando me quejo, y como perverso cuando no tomo de esa mano los trabajos que me da, y mucho más porque para hacer mi gusto y servir á mi voluntad, todo trabajo me parece poco; y para complaceros á Vos, cualquiera cosa se me hace grande é insupportable. Muda, Señor, esto desde ahora para siempre, pues para eso me entrego todo á Vos; azotad, castigad y atribulad á este perverso pecador; haced de mí todo lo que gustareis; traedme siempre sujeto á vuestras manos, preso á vuestra providencia, ni me dejéis querer otra cosa sino siempre padecer con Vos; y hasta que esto me sea gustoso y suave, no levantéis la mano aunque mi carne se muestre rebelde, pues sois poderoso para mudarla y sujetarla á Vos.

¡Oh sangre purísima y preciosísima, yo te adoro! No me levantaré, Señor, de vuestros pies hasta que todo me lavéis con este sacratísimo licor; corra, dulce Jesús, sobre mí, lávame y purifíqueme todo; pues sólo en El consiste mi remedio. La sangre de los inocentes dicen que sirve para curar la lepra, y de vuestra sangre dice Pablo, que tiene virtud para limpiar las conciencias, sanándolas de las obras muertas para servir á Dios vivo. ¡Oh Cordero de Dios, que quitáis los pecados del mundo, inocentísimo y purísimo! Ved aquí este leproso llagado de pies á cabeza, tullido de culpas y pecados, bañadme con esa sangre que tan inflamada y ardiente sale de vues-

tras llagas. A San Pedro dijisteis que no tendría parte con Vos, si Vos no le lavaseis; pues, Señor, veis aquí cabeza, manos, deseos, alma, voluntad, entendimiento, obras, aficiones, sentidos interiores y exteriores, todo se halla en mí perdido, todo sucio; lavadme, Dios mío, con la virtud de esta sacratísima sangre; purificadme y limpiadme con ella, para que sólo esté unido á Vos perpetuamente, para que siempre os imite, inocentísimo Cordero, y siempre os siga, mi verdadero pastor, mi pasto y mi guía.

¡Oh Madre de Dios purísima que concebisteis este purísimo cuerpo para ser por mí despedazado, y criasteis á vuestros pechos esta sangre para que por mí fuese derramada, y de su virtud recibisteis Vos más que todos! Tened piedad de estos dolores de vuestro único Hijo, imitación de estos ejemplos, aborrecimiento de mis pecados, que tanto trabajo le ocasionaron, y perfecta entrega á este Señor, para que no se pierda en mí lo que por mí padeció. ¡Oh corte celestial, regada de estas fuentes, que de estas llagas recibisteis la hermosura que gozáis, y en estas vivas aguas vivís anegados en perpetuos bienes! Valed á este miserable; amad, alabad y engrandeced por mí á este Señor; lo que yo no sé hacer por mi ruda bajeza, supliólo con el amor que tenéis, luz en que ardéis; y alcanzadme de este Señor un ascua que prenda en este corazón, se encienda y arda hasta consumirme y mudarme todo en El. Amén.

TRABAJO XXXIX

Ser coronado de espinas.

DESATADO el Señor de la columna, después de cansados los sayones cuando vieron no haber parte donde pudiesen darle más azotes, quedó tan lleno de llagas, que por todo su cuerpo corría sangre y regaba aquel suelo. El aire le enfiaba y cuajaba la sangre; el frío traspasaba las heridas abiertas, cada cosa le renovaba los dolores y ocasionaba un nuevo y gran tormento. Así llagado y corriendo de El sangre en total desnudez, pasó el Cordero Jesús á buscar sus vestidos, y como éstos andaban por debajo de los pies de gente tan malvada y empeñada en hacer cuanto mal pudiese aumentar á Cristo algún trabajo, es creíble que unos darían puntapiés á los vestidos, tirándolos por una parte, otros por otra, diciéndole baldones y apartándose de El para no mancharse con su sangre. El Cordero de Dios andaba de una á otra parte con toda mansedumbre, sufriendo estas afrentas sin quejarse, ni perder su paciencia y modestia, hasta que tomó los vestidos. Comenzándose á vestir, aunque su cuerpo estaba tal que cualquiera corazón humano (por ser naturalmente blando y compasivo) pudiera tener de El mucha lástima, no fué así en aquellos durísimos ministros, antes como osos y lobos encendidos con la sangre en mayor crueldad, y no satisfechos de lo cansados que quedaron de azotar al Señor, inventa-

ron el más nuevo género de tormento y el más cruel de cuantos hasta allí se habían imaginado. Bien se ve aquí la general condición de los pecados que la naturaleza suele cometer con desahogo y gusto, que siempre los ya cometidos dejan hambre y apetito de otros; y aunque la naturaleza se cansa, nunca se harta; siempre es mayor el deseo de pecar, que la posibilidad de la naturaleza para ejecutar lo que desea. Y uno de los mayores engaños de los pecadores es figurarse cuando se ven tentados de un pecado, que satisfaciéndose en él quedarán libres de las tentaciones, lo que es notable engaño; porque un pecado guía con su peso á otro, y el alma que por la culpa se privó de la gracia, perdió las fuerzas para resistir; el cuerpo, mientras está refrenado, tiene menos disposición para rendirse á los apetitos que después de experimentar la obra del pecado. Estos malvados verdugos, empeñados con toda disolución en afrentas y penas del Señor, llegaron á perder del todo la compasión y humanidad propia del corazón humano; se cansan, y no se hartan; y llegan á parecerse en la malicia á los infernales espíritus, y en la crueldad á las fieras y brutos animales.

Habían los judíos acusado al Señor de que se hacía Rey contra la ordenación de los emperadores romanos. Pilatos desvaneció aquella idea haciendo que le azotasen, por ser este un género de castigo tan bajo, que no se acostumbraba dar sino á personas bajísimas, que así quedan infames para no poder servir aun en cargos inferiores de la república; y tentase por tan notable afrenta, que cada ciudadano romano tenía privilegio para no ser azotado, y todo vasallo de los romanos trabajaba por aquel honor, á fin de que en cualquiera parte donde estuviese no se le pudiese aplicar tal castigo; y aunque por estar ya azotado el Señor mostraba bien una tan baja suerte que no pudiese afectar el ser Rey, con todo eso los ministros y soldados, valiéndose de aquella falsa acusación, quisieron divertirse tratándole por escarnio de Rey, á fin de que todo el pueblo le zumbase mejor de su reinado. A este fin, cuando el Señor se acababa de vestir, volvieron á desnudarle y le pusieron una capa de púrpura; tela que, por su color y línea, era propia de príncipes, y como traje real se la quisieron poner; y no debiendo pensar que en un cuerpo tan llagado quisiesen ensangrentar tela nueva y preciosa, sería sin duda algún pedazo de púrpura despreciable, que por manchada y rota andaría por los rincones y serviría para que los criados de Pilatos limpiasen los zapatos; pero que en el color y la trama mostraba todavía que había sido púrpura.

Sentando al Señor con ese injurioso traje, hicieron los ministros una corona de espinas, tejida de tal suerte, que enfiase toda la cabeza, no sólo alrededor, sino por encima, á manera de gorro, para que la cabeza fuese por todas partes atormentada. Las espinas (según se ve en las que aún perseveran, y la Iglesia venera como sacratísima reliquia) eran tan duras y tan grandes como las de los árboles de Cidra. Y como esta corona no se hizo con medida, ni por oficiales amigos, es de creer saldría tan apretada, que sólo á la fuer-

za ajustase en la cabeza del Señor, para que por todas partes fuese mayor el tormento. Así puesta hizo cada espina su llega, abriendo fuentes de sangre, que corría por el sacratísimo rostro, ojos, orejas y cuello del Señor, bañándole todo en sangre. Y por cuanto los verdugos tenían herirse con las espinas y no podían sentar bien la corona á su satisfacción sin lastimarse las manos, la apretaban á fuerza con palos ó cañas, dándole con ellas muchos golpes sobre la corona para que se clavasen bien las espinas, sin saciarse hasta que las vieron bien entradas por la carne. Muchas de estas espinas, al llegar al casco, que es más duro, romperían la carne por una parte y saldrían por otra; en la carnosidad y nervios entrarían del todo con tantos, tan inmensos y tan crueles dolores, cuales no podemos imaginar. Y es de creer, que si el Señor hubiera pasado este solo tormento, bastaba para quitarle la vida; y que es uno de los mortales para cuya tolerancia confortó el Señor con su divina virtud la humanidad, para que no muriese ni desmayase hasta llegar á la Cruz. Pero no pensaba en los gravísimos dolores que padecía la cabeza, porque éstos los quería pasar por nuestro amor. Duráronle estos dolores, sin templarse, hasta expirar en la Cruz; porque la cabeza es tan delicado miembro, que no recibe alivio mientras no se quita la causa del dolor, y por tanto hicieron siempre las espinas su oficio con rigor. El que padezca algunos dolores de cabeza, podrá figurarse cómo estaría el Señor entre los crueles tormentos que le afligían y quitaban la vida hasta darla en la Cruz, sin tener un momento de alivio en su sacratísima cabeza, para pasar mejor los que le restaban. Sin duda que, bien considerado esto, parece que la naturaleza se angustia y cansa en sólo imaginarlo. Y siendo tan distante de la obra la imaginación, ¿qué sería pasarlo?

En medio de esto derramaba el Señor muchas lágrimas por nuestros pecados (como hizo en toda su Pasión), sintiendo el mal que nos hacen los gustos con que nos coronamos, por los cuales estaba Él allí pegando con tan excesivos dolores. Corrían las lágrimas mezclándose con la sangre, y quedaba hecho un suavísimo unguento para curar nuestras llagas. Parece cosa que pasma ver cómo el Padre Eterno, siendo de infinita blandura, dejaba pasar tan adelante los dolores y tormentos que veía padecer á su unigénito Hijo, infinitamente amado. Pero como ardía un mismo fuego de amor en el Hijo que padecía y en el Padre que lo mandaba, miró más á los pecadores por la suma necesidad que tenían de la sangre y dolores de aquel divino Cordero, que á Él mismo por entonces. Y aunque mucho menos bastaba para nuestro remedio, usó de aquellos excesos para mostrarnos lo mucho que nos ama. Pero ¡oh infeliz dureza nuestra, que ni todo ello alcanza para que sea amado de nosotros y para que dejemos los pecados que el divino Cordero paga con tantos dolores y desea lavar con lágrimas y sangre! No contentos los malvados ministros con los escarmios de la corona y púrpura, y viendo que acostumbraban usar los reyes cetro ó vara de oro, que muchas veces traían en la mano, pusieron en la del Señor, por es-

carnio, una caña en lugar de cetro, mostrando con aquello cuán vano era su reino. En esta figura se vió el Señor escarnecido entre aquella inhumana gente, que añadió muchos y afrentosos baldones en zumba de su reino, como diremos en el trabajo siguiente.

Muchas y graves causas apuntan los santos de por qué quiso el Señor pasar tan nuevo y cruel género de tormento: primeramente, porque tenía ofrecida toda su humanidad á padecer por nosotros y satisfacer en cada parte de su cuerpo las maldades que nosotros en cada miembro cometemos. Todo el cuerpo lo tenía abietto en llagas por los azotes; las junturas y nervios habían de pasar cruel tormento en la Cruz; la cabeza, en que no correspondían azotes ni otros martirios de la Cruz, quiso que por este nuevo é inaudito padeciese. Y así como es el miembro principal donde están los sentidos y que sirve al hombre de instrumento para usar de la razón, entendimiento, consejo, juicio y aprobación ó reprobación de las cosas; así también el Señor quiso que su cabeza padeciese uno de los principales y mayores tormentos, en que todos los sentidos piensan y pagasen cuanto nosotros pecamos por todos ellos. Acaso pretendió el Señor abrirnos por este medio los ojos, para que veamos cuán verdaderas espinas son para el alma los consejos, juicios y determinaciones humanas que van contra su ley y doctrina. La cabeza es el gobierno de todo el hombre; pero si va fuera de Dios, yerra más cuando más piensa que acierta; y cuando el hombre se tiene por más satisfecho, anda su alma más destruída, y tiene los caminos del cielo más cerrados. Por el profeta Oseas dijo Dios, que sembraría de espinas nuestros malos caminos, para que nos fatigasen é hiciesen abrir los ojos. Estas espinas son las cosas trabajosas en que nuestros consejos ó caminos nos meten, y hacen la vida tan cansada y peligrosa para la salvación, que apenas se puede pasar; porque en saliéndonos del gobierno suave de la ley y doctrina del Señor (que da quietud al alma, descanso al espíritu, amor y oficios debidos para el prójimo), forzosamente hemos de caer en inquietud, perturbación del alma, desastres exteriores, peligros de conciencia y cosas tan penosas, que si no vuelven á reformarse con la ley del Señor, ellas mismas nos llevan de unos trabajos y pecados á otros, ahogando el alma, que es la que más padece en tales pasos. Estas espinas que proceden de nuestra cabeza é ingenio apartado de Dios, son las que más punzaron y atormentaron al Señor. Y pues le dieron tan cruel trabajo, mire cada uno por sí y conozca cuánto mal harán en su alma.

Declarando San Cipriano el símbolo, apunta otra causa de este tormento diciendo, que el Señor, por lo mucho que nos ama, quiso coronarse de la pena que dió á Adán por su pecado de desobediencia en el Paraíso terrenal; pues no sabiendo arrepentirse prontamente y pedir misericordia á Dios (á quien tenía ofendido), le dió por pena, que ya que no supo aprovecharse de los placeres del Paraíso, para servirle más y obedecerle, no solamente los perdiese arrojado de allí, sino que pasase la vida en sudor de su rostro, y que la tie-

rra, en lugar de pan y otros frutos, le diese zarzas y espinas. Y según lo que experimentamos en nuestros miserables cuerpos, y en los espíritus encarcelados en ellos, no sólo pasamos este trabajo y castigo en los bienes temporales, sino mucho más, y con mayor peligro, en los desórdenes y rebeliones del cuerpo contra el espíritu, y en las tentaciones con que los enemigos del alma no la dejan gozar con perfecto gusto los frutos del Espíritu Santo. Queriendo nuestro Señor mudar este castigo del pecado de Adán y de sus descendientes en mayor provecho nuestro, quiso ser coronado de las mismas espinas que nos fueron dadas por castigo, á fin de que, puestas en su cabeza, mudasen de valor y en adelante no fuesen tanto castigo de pecados cuanto materia y ocasión de merecimientos.

Así es; pues desde que el Señor con sus trabajos santificó los nuestros, nos sirve de camino más seguro del cielo y de mayor honra lo que antes era afrenta y pena de la culpa. Los desórdenes de las rebeliones de la carne contra el espíritu, que tanto fatigan á los siervos de Dios, dan, por virtud de la Pasión del Señor, ocasión de batalla, de victorias, de merecimientos, de corona y de gloria; y si también son ocasión de caídas y culpas, queda la batalla más justa y la victoria más gloriosa; porque pudiendo el alma consentir en la culpa sin pelea, libremente se priva del deleite y declara guerra contra sí, por mantener el amor debido á Dios y la observancia de su ley, tan acepta á sus ojos, que por ello da la gloria; y no lo hiciera así, si las tentaciones y trabajos fueran solamente castigo; porque el culpado no merece nada en justicia por lo que paga, pues lo tiene merecido por la culpa. Pero el Señor quiso convertir el destierro (á que con Adán fuimos condenados) en campo de conquista para el cielo, y hacer de los trabajos y tentaciones de la vida batallas de honra; y para que en ella merezcamos mucho quitó la afrenta del castigo, coronándose con él, y dándole el valor de su persona y la honra de su sangre, con que el más atribulado y constante sea más honrado y premiado en su corte. Si esto no fuera así, el Señor, que es justísimo en sus obras, cuando en el bautismo nos quita la culpa original, también nos quitaría las penas de que por él nos hicimos reos; porque donde perfectamente se perdona la culpa no corresponde pena, y el mismo Señor, que nació sin culpa original, hubiera vivido en este mundo sin las miserias y trabajos que la culpa introdujo; pero El mismo pasó tantas miserias, y nosotros quedamos cargados de ellas después de perdonarnos el pecado, á fin que por su virtud y divina misericordia, lo que antes era castigo de la culpa, sirva ya de moneda para pagar la deuda.

Cuán gran merced sea la de quedarnos como continuo merecimiento del cielo la cosa más cierta y ordinaria de esta vida (como son los trabajos), con cuyo buen uso aseguramos la eterna, no se puede encarecer con palabras; porque gente que no tiene caudal para pensar en poder merecer bienes eternos, hallarse ya con ellos reducidos á la hacienda más casera, más ordinaria y tráfada entre manos, por la cual puede hacer contratos y transacciones de tra-

bajos temporalés por bienes eternos, es la mayor merced que el Señor nos pudo hacer y la mayor dicha que podía venir á gente tan necesitada como nosotros. Esto debemos á la corona de espinas y Pasión del Señor. Y siendo así, debe correrse el cristino (según San Bernardo) de que siendo miembro de una cabeza traspasada de espinas se trate con delicadeza. Antes que el Señor se coronase de espinas fué plagado de llagas, porque á tal tratamiento de cabeza correspondía que los miembros pasasen por otro semejante. El es cabeza de la Iglesia, nosotros los cristianos sus miembros; ¿pues que cosa tan impropia será un miembro regalado con demasias y desordenes, á vista de la cabeza coronada de espinas? El que de ella se corra para no imitarle, debe recelar mucho más que el Señor se avergüence de él para no tenerle por su miembro. Animales hay que guardando la cabeza ofrecen por ella al peligro todo el cuerpo. Esto era más propio entre Dios y nosotros, que fuésemos nosotros los traspasados de espinas, y aquella sacratísima cabeza libre de ellas. Mas ya que fué servido de hacernos tan gran merced de no eximirse de semejante trabajo ¿qué desatino será de los cristianos pensar que Cristo, cabeza nuestra, sufriese las espinas para que los que somos sus miembros trajésemos la nuestra derramada á toda soltura? ¿Y será posible caber en entendimiento de un cristiano, ver que el Señor quiso ser conocido por padre amorosísimo, amigo verdadero, Redentor abundantísimo y piadosísimo, por un rostro de ojos hinchados de llorar por los pecados del mundo, mejillas denegridas á bofetadas, cabeza coronada de espinas, por cuyo rostro conociésemos el verdadero é infinito amor que su corazón nos tiene, y pensar á vista de esto que ha de reconocer por suyo al que anda toda su vida en delicias mundanas, diversiones, pasatiempos, distracción de sentidos, con perpetuo descuido de lo eterno y olvido de tan grandes mercedes? Si tal locura cabe en tan soberano pastor de las almas, bien pueden sus ovejas darse á delicias de la tierra. Pero la sabiduría infinita de su majestad enseña, que no es el siervo mayor que su Señor; por tanto, quien no quisiere errar, arregle sus acciones á vista de este espejo coronado de espinas.

EJERCICIO DE LA CORONA DE ESPINAS

Adóroos mi verdadero Rey. Adóroos mi soberano Señor. Adóroos todo abierto en llagas por curarme las mías. Adóroos teñido en sangre por lavar mis pecados. Adóroos desnudo y afrentado por cubrirme y honrarme. Bien bastaba, Señor, la sangre que de todo vuestro cuerpo mana, aunque vuestra sacratísima cabeza no derramara la que tiene en sí. ¿Tan sin provecho para mí quedaría esa divina cabeza no padeciendo particular trabajo, que para ella como miembro principal se busca tan nuevo y tan cruel tormento? Toda queréis que sea traspasada de duras y cruces espinas, atormentada con inhumanos y terribles dolores y que corran de ella tantos arroyos de sangre cuantas son las llagas que abren en ella las espinas. Queréis, divino Cordero, que ese hermosísimo rostro, ya que no ha

de ser descoyuntado, sea por mí cubierto de esa sacratísima sangre; todo de pies á cabeza parecís una llaga, abierta para mi alma en remedio de mis miserias. Adoro ese divino amor que me tenéis, os doy infinitas gracias por tantas y tan grandes misericordias como me habéis hecho, y por las muchas muestras de la fidelísima amistad que siempre me tenéis. Penetrad, mi buen Jesús, con esas espinas este corazón; vengan de esa sacratísima cabeza hirviendo en sangre y en inflamado amor que me abrase, derrita y mude todo en Vos. ¡Oh, si acabase ya de conocer, amor de mi alma, cuán mal empleado está en mí todo lo que no se emplea en Vos! ¿Cuándo llegará la hora, mi bienaventuranza perfecta, en que de todo corazón y de lo más íntimo del alma os ame y corresponda fidelísimamente á ese amor, entregándome todo y consumiéndome en él? ¿Para qué quiero vida, para qué quiero cuerpo y alma, para qué quiero ninguna cosa, si no ha de estar todo ardiendo en vuestro amor y servicio, que sólo merecéis mi corazón? Ese sois Vos, mi Señor; en todo os parecéis á Vos; todo sois amable, todo liberal, todo lleno de misericordias y todo empleado en mi remedio. Yo soy este, que en todo me parezco á mí, miserable, pobre, duro, tibio, frío en vuestro amor, amigo de mí y olvidado de Vos. ¡Oh bondad, oh misericordia, oh liberalidad!, oh río lleno de bienes y mercedes; acordaos de mí y no me desamparéis!

La principal parte del cuerpo por donde nos conocemos y diferenciamos, es, Señor, la cabeza, donde está el rostro, los sentidos, los instrumentos de la vida y de la conversación, la hermosura ó fealdad; donde acuden los indicios de alegría ó tristeza, aflicción ó miedo, salud ó dolencia, y todos los afectos del alma. Esa quisisteis Vos, Dios mío, que en Vos estuviere atravesada de espinas y con el rostro bañado todo en sangre. Por eso, mi hermosísimo Jesús y suavísimo esposo de mi alma, quisisteis ser conocido y diferenciado de todos. Por aquí quisisteis que registrásemos lo que pasa en vuestro corazón, el amor en que ardéis, y lo enfermo que está por deseo de mi salud y de unirme todo á sí. Ahí quisisteis que viésemos el placer de esa alma, que es daros todo, y con obras de amor arrebatarnos á Vos. ¡Oh, cuánto más prende los corazones tocados de vuestro amor la sangre que corre por las mejillas, las espinas y dolores del intenso trabajo que padece esa divina cabeza, que si estuviera con corona de rica pedrería! Lo precioso de las terrenas sólo agracián á quien las tiene; pero vuestras espinas llenan á todas las almas de hermosura, riqueza, suavidad, y las prenden con nudos de un infinito amor. ¡Oh espejo de la gloria, quién nunca os perdiere de vista! ¡Quién siempre con los ojos y deseos del alma andase en pos de Vos! De esa cabeza traspasada de espinas vivo; por ella respiro; de ella me sustento; sólo en ella me veo, y pierdo cuando de ella me olvido. Adoro en ella mi verdadera vida, mi soberana gloria, la hartura y satisfacción de todos mis deseos.

Búscase en la tierra el más rico metal y las piedras más preciosas para las coronas de los reyes; Vos, mi buen Jesús, no hallasteis

en la tierra otro más rico metal, ni otra pedrería de más precio para coronaros, que de espinas. ¡Oh Rey mío, Rey de la gloria, Rey de las almas que comprasteis con vuestra sangre! Yo os adoro, porque hasta en esto quisisteis hacermos rico, coronándoos de la cosa más vulgar que hay en la tierra, honrando y dando precio á las espinas que disteis por castigo á los hijos de Adán. En el primer pecado sentenciasteis justamente que el fruto de los sudores de los hombres fuese por pan espinas, trabajos y dolores por los gustos; ahora ponéis estas espinas en vuestra cabeza, y todo lo mudáis en mi bien, haciendo más ricos y gloriosos á los frutos de las espinas, trabajos y sudores, que cuantas cosas grandes pueden desearse en esta vida. Os preciáis, Señor, de mis miserias, y con ellas os coronáis, para que en Vos tengan todo vuestro valor. ¿De qué me puedo quejar, Dios mío, cuando me viere atribulado, pues os veo coronado de mis trabajos? ¡Oh divino amor, oh eterna caridad, que así lo ordenasteis en mi favor, á fin de que no pueda ser pobre el que abunde de trabajos por Vos! Ya se estima en la gloria lo que más se aborrecía en la tierra. Bendito seáis para siempre.

Pero ¡oh miserable de mí, que ni todo esto alcanza para rendirme á llevar con gusto el pudieser, ser atribulado en esta vida, y sufrir por asejarme á Vos! Entristéceme con el trabajo cuando llega; aborrézcole mientras dura; alégrome cuando se acaba, y pienso estar mejor cuando me deja. ¿Cuándo mudaréis, Dios mío, la miseria de esta tierra podrida con el fuego de vuestro amor? ¡Oh, cuán lejos están de lo que en Vos veo, las vanidades de que me precío, las bajezas de que me alabo y aquello de que me corro! La soberbia de la opinión de mí mismo, el gusto de las alabanzas humanas, lo que me desvaneeo con los humos del mundo, cuán diferente me hacen de Vos, mi buen Jesús. Todo mi cuidado es regular mi cuerpo, sustentar mis vanidades, y perder con los gustos de la tierra los frutos de vuestras espinas. ¡Oh mi Dios y misericordia infinita! Perdonad mi detestable soberbia; avergüénzame de lo que Vos os coronáis, corónome con hacer mi voluntad y seguir los apetitos de mi cuerpo. Cuando puedo hacer esto sin que nadie me contradiga; cuando mis apetitos andan más desenfrenados; cuando soy favorecido y honrado de muchos y cuando todo me sucede como pretendo, entonces estoy gozoso, presumo mucho de mí, y me desvaneeo; pero en la verdad, entonces estoy más ciego y no veo cuán feo y miserable soy á vuestros ojos. ¡Oh, cuándo me aborreceré del todo! ¡Cuándo me avergonzaré perfectamente de mí en vuestra presencia, pues estando Vos coronado de espinas, estoy yo con aborrecimiento de ellas, con amor á la vanidad del mundo, de la carne y de la tierra!

¿Cómo puedo yo, Dios mío, ser miembro de esa cabeza traspasada de espinas, siendo tan amigo del regalo de este cuerpo y de mis vanidades? Apartad, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo, y ponellos en Vos; enseñadme á cotejarme con ese vuestro ejemplar, y correrme de mí. Vos, Señor, que sois perfecto y sapientísimo conocedor de cada uno, poned en mí vuestros piadosos ojos y desarraigad

de este miserable corazón, por vuestra inmensa misericordia, todo lo que en él os desagrada. No me dejéis abandonado en mis deseos y apetitos, sino alumbradme y enseñadme á que me conozca y juzgue por lo que en Vos veo, y que me aborrezca como merezco. Coronadme, buen Jesús, de vuestras espinas; haced que tenga por gloria el ser traspasado de ellas y atribulado en vuestra compañía; pues no puedo estar á Vos unido, sino asemejándome á Vos. Confieso mi miseria, Dios mío, que determinándome cada día á imitaros con deseo de ver en mí lo que en Vos adoro, me ofrezco cada día en vuestras manos; pero en llegando la ocasión de mostrarme fiel y verdadero imitador vuestro, os miento, vuelvo atrás, hállome preso de mí y me aparto de vuestras manos para seguir lo que mi carne pide. ¡Oh mi esperanza y mi dulcísimo bien! Vos, que sólo veis la verdad de lo que hay dentro de esta alma, tomad el deseo que ahora siento y hacedme semejante á Vos, perfecto imitador vuestro y aborrecedor de mí; y lo que veis contra esto, mudadlo, Dios mío, á vuestro arbitrio; y aunque mi carne lo sienta y resista, usad, Señor, conmigo la gran misericordia de no dejar pasar adelante mi apetito, sino aunque sea por fuerza, y arrastrando y gimiendo, llevadme en pos de Vos; no salgan nunca de esta alma los frutos de esas vuestras espinas hasta que aprenda á glorificarme y coronarme de ellas. Haced, Dios mío, vuestra obra, por más que mi flaqueza lo sienta; por más que me muestre rebelde contra el estímulo, pues Vos sois la divina fortaleza que sabéis y podéis esforzar vuestras flaquezas.

Oh Madre de Dios sacratísima, perfecta imitadora de este Señor, ¿qué ha de ser de mí, reina de misericordia, viéndoos á Vos llena de trabajos y á vuestro único Hijo coronado de espinas, y á mí lleno de vanidades, soberbia y delicadezas? Valedme, Señora; alcanzadme, esperanza mía, luz para conocerme, amor de este Señor para imitarle, aborrecimiento de mí y de lo que de El me aparta para contentarle, y voluntad de padecer los trabajos que El me quisiere dar. Y pues no puedo ser suyo, sin ser punzado de espinas, ni Vos conoceréis por vuestro al que lleve otra marca, ayudad á este pobre que á vuestros pies pide misericordia de sus males, gracia y luz para salir de ellos, y amor que le mude y haga verdadero imitador de vuestro Hijo. ¡Oh moradores de esa santa y bienaventurada ciudad celestial, que veis claramente el precio de las espinas de este Señor y la pobreza de los que no viven y se glorían de ellas! Compadecedos de este peregrino y miserable desterrado de esa gloria, que tan lejos anda de parecerse á su Señor, y alcanzadme un rayo de la luz que os alumbrá para que vea siempre estas verdades, y un ascua del amor que ahí arde para que siempre las ame y siga. Amén.

TRABAJO XL

Escarnio del reino de Cristo y de la palabra «Ecco-Homo».

BURLÁRONSE del Señor los malvados ministros, de cuantos modos pudieron imaginar, mientras le tuvieron á su disposición. Por eso después de azotado le vistieron de púrpura, le coronaron de espinas y le pusieron en la mano una caña por cetro (como se ha dicho), para abatirle como á falso rey y burlarse de su reinado. Hicieron esto con tan afrentosas circunstancias, que cada una de ellas era un gravísimo trabajo para el divino Cordero, que todo lo sentía mucho, pero á todo callaba y á nada resistía. La corona era un vivo y cruelísimo tormento; el vestido, aunque en la materia era de púrpura, en la calidad, por viejo y sucio, era tan despreciable que servía de un puro escarnio; las manos atadas, como quien ningún poder tenía para hacer mercedes de rey; al cuello una soga, como príncipe de malhechores, y por complemento del escarnio una caña por cetro, por ser cosa de su naturaleza, hueca, sin fuerza y sin sustancia. En algunas partes acostumbraban los reyes traer vara de oro en la mano; y si les era acepta la persona que á ellos se acercaba, bajaban aquella vara en señal de clemencia; si no la bajaban era indicio de disgusto, y tal vez señal de furor y de castigo. Estos infernales ministros, para mostrar cuán poco se debía esperar ni temer del reinado de Cristo, le pusieron en la mano por cetro la caña, para dar á entender que cuanto en El había era tan vano y hueco como el cetro.

Pero aunque de su parte todo se ordenaba al escarnio, por la del Espíritu Santo, sin cuya providencia nada se hace, fué todo prevenido con eterno consejo y divino misterio. Por más que el vestido fuese despreciable, era sin embargo, en la materia cosa real; en la hechura era capa, y esto no sin misterio; pues en Cristo no puede haber cosa tan baja, que no importe más para cubrir y amparar á los necesitados, que lo más alto y más rico del mundo. Aquella afilgida mujer, que por doce años padeció una dolencia incurable, se contentaba con poder tocar el ribete del ruedo del vestido del Señor, para conseguir por aquel medio la salud; y no la salió vano el pensamiento, pues al tocarle sanó. ¿Cuánto más se librará de las miserias, el que buscándole con amor, logre ser recogido á la sombra de este su manto real? La corona, aunque de cruel y rigurosa materia, rindió á sí muchos y grandes vasallos, que entre trabajos y espinas se mostraron leales á su rey. Con la virtud de sus manos atadas logró romper las cadenas de nuestras disoluciones. El ser contado como rey de malvados y malhechores nos fué lo más importante; porque, de otra suerte, ¿dónde nos podríamos refugiar los que no podemos pensar que somos santos? Mas viendo que este Señor quiso ser tratado como rey de pecadores, tenemos confianza de que nos hará ciudadanos del cielo. El cetro fué también muy propio

por la materia de caña, porque de El está escrito que no romperá la caña hendida, sino que la soldará y esforzará. Y como tiene en su mano el imperio de tan frágil y quebradiza gente como nosotros, significados en la caña de aquel cetro, segura tenemos su clemencia y que de su parte suplirá lo que nos falta para serle aceptos, si no lo desmereciéremos huyendo de su vasallaje y obediencia. Debemos el conocimiento de estas verdades á la fe que el Señor plantó en su Iglesia, confirmada por los mismos escarnios de su sacratísimo reinado, que tan á costa de su honra y con tanto trabajo padeció.

Puesto el Señor en tan despreciable y afrentosa figura de falso rey, consideraron los ministros que habían inventado un bello modo de pasatiempo: á cuyo fin juntaron toda la compañía de soldados para celebrar las burlas, y poniéndose en orden, cogieron al Señor en medio para divertirse con sus mofas. Llegaban uno á uno, y doblando una rodilla le decían por escarnio: *Dios te salve rey á los judíos*; y tomando la caña que tenía en la mano, le daban con ella en la cabeza, escupíanle en su sacratísimo rostro y dábanle bofetadas. Ninguno podrá imaginar las invenciones de palabras injuriosas, risas, saltos, voces y gestos que allí habría en tan afrentoso género de escarnios en que se burlaban jugando con el Señor como si fuera un loco. Y como eran muchos, y cada uno procuraba zumbars de El con más gracia y festejo que otro, fueron tales y tan crueles los golpes en su sacratísima cabeza, que le renovaron los dolores de las espinas; los escarnios, salivas y bofetadas fueron tan sin número, que no sabrá el hombre determinarse á juzgar si fué este el mayor trabajo y abatimiento de los que el Señor tuvo en su Pasión; porque son todos tan grandes, y en cada uno de los que de nuevo pasaba se renovaban de tal modo los pasados, que cada uno merece nombre de mayor y principal. Y lo que más espanta, es haber faltado para el Señor toda compasión natural, y que su lastimosa figura moviese más á toda aquella gente para el rigor que para la piedad. Pero el Señor lo quiso así, á fin de que por aquellos ministros del demonio quebrantase la ira en El toda la furia que nuestros pecados merecían, y quedase reservada para nosotros toda la blandura y misericordia, que no nos negará si aquí nos llegáremos á El.

Así fué despreciado el reino de Cristo nuestro Señor; así abatida su real y divina persona, como de un rey de burlas; así desconocido y abatido el que con su gobierno sustenta cielo y tierra; así ocultó la Majestad de su persona, para padecer más por nosotros y que tuviesen sus contrarios más licencioso campo para afrentarle; porque en el Señor y en ellos corrían igualmente el amor y el aborrecimiento: en ellos el odio que le tenían para refinarse en encontrar invenciones de afrentas y trabajos, y en el Señor el amor que abrasaba sus entrañas en deseo de padecer más y más y merecerlos, por medio de sus trabajos, muchos bienes. Corrían, digo, á competencia; pero, en fin, agotada la malicia vió quebrata su fuerza, venció el amor y prevaleció en remediarlos por los mismos medios

que buscaron para destruirle, y el reino que la malicia escarneció por falso triunfa para siempre, porque el amor le sustenta eternamente como verdadero. Digan estos infelices lo que quisieren, que aunque se burlan dicen la verdad en llamarle rey de los judíos; pues así como la fe, cuando Caifás dijo que convenía dar muerte á uno para que no muriesen todos, tomó su dicho por profecía de la vida que este divino pastor había de dar á sus ovejas, aunque el perverso pontífice lo dijo con odio y dañada intención de matar á Cristo; así la misma le toma de boca de estos afrentadores como verdad católica su dicho para reconocer á este Señor como su Rey divino y saludarle con toda el alma, diciendo: *Dios te salve Rey de los judíos*; y con David: *Tú eres el Rey mío y mi Dios, que das las saludes á Jacob*; porque no puede la verdad soberana perder nada, aunque pase por boca de los malos. Gran cosa es tener á Dios por juez y justificador de la conciencia, porque lo que El aprobar no puede ser reprobado; y al contrario, poco importan las justificaciones humanas teniendo por contrario el secreto juicio de Dios. Si sus siervos, cuando se ven afrentados en el mundo, trabajaren con silencio y sufrimiento por asemejarse á este divino rey abatido, y dejando á Dios su causa trataren solamente de contentarle; es tan fiel y tan justo, que los mismos medios y ardes con que el mundo procure despreciarlos y abatirlos, servirán para honrarlos y ensalzarlos. Sepan ellos ponerse en manos de su rey, y no limiten á Dios tiempo ni lugar de que salga por ellos, ri-traten de que sea en esta vida ó en la otra, sino pónganse del todo en las manos de Dios seguros de su bondad y amor, que El mirará por su causa y saldrá por sus siervos cómo y cuando fuere más gloria suya y provecho de las almas, á quienes nunca faltará con sus bienes espirituales para esforzarlos, y que lleven el trabajo por su amor; porque ni los siervos de Dios deben fiar de sí, ni desconfiar de que Dios les asistirá para lo que más les conviene.

DE LA PALABRA «ECCE-HOMO»

No acabó aquí la afrenta del Señor, pues mandando Pilatos dar fin á los escarnios que le hacían y llevarle á su presencia, se pasmó cuando le vió, y pareciéndole que la vista de aquella tan alligada figura bastaría para ablandar los corazones de todos y persuadirse á que no podía tener culpas dignas de tan grande castigo, y que sólo el verle bastaría para que no pidiesen su muerte, determinó manifestarle así al pueblo, añadiendo que no hallaba en El causa digna de muerte. Salíó el Señor con la capa vieja de púrpura, manos atadas, sogá á la garganta, caña en la mano, coronado de espinas, todo abierto y bañado en sangre, que iba goteando y dejando señal por donde iba, y puesto ya á la vista del pueblo dijo Pilatos, *Ecce-Homo*: veis aquí el hombre que acusáis de que se hizo rey; mirad qué persona, qué figura, qué poder de rey tiene. Veis aquí el hombre que acusáis de engañador y perturbador del pueblo: miradle ya tratado de tal modo que el pueblo no sea capaz de en-

ganarse con El. Ni hay que temer en El, ni qué esperar. En cuanto veis, es hombre que pide no se trate más de las culpas que le imponéis, ni se pueda pensar que es reo de ellas. Aunque la intención de Pilatos (según muestran sus palabras) era dar á entender que había castigado al Señor más de lo que merecía, y que no podía hacer caso de tan abatido rey, ni había en El causa de muerte; con todo eso fué para el Señor grande afrenta y vergüenza salir de aquel modo en público á vista de sus enemigos y de algunos amigos que allí tendria, y acaso á los ojos de su santísima Madre, que se puede pensar estaria ya allí y seria esta la primera vez que le vió; y como nada era oculto al Señor, el traspaso del dolor de su Madre, la lástima de sus amigos y la vergüenza de aparecer en aquella figura delante de sus enemigos, le fué un tan gran trabajo, que no podemos decir cuál de estas cosas sería mayor dolor. Con todo eso disimulaba el sentimiento, iba donde le llevaban, con los ojos bajos, suma modestia, imperturbable serenidad de rostro, incomparable y asombrosa paciencia. Todo esto era para Pilatos un tan grave argumento de su inocencia, que le pareció bastaba para convencer y mudar á sus enemigos; pero no le salió como pensaba.

Tienen en este paso las almas mucho en qué detenerse y de qué sacar divinos bienes. A El aplican muchos la palabra de los Cantares: *Salid hijas de Sión y ved á vuestro Rey Salomón* (que es el rey pacífico símbolo de Cristo) *con la corona que le ciñó su madre en el día de sus desposorios y de la alegría de su corazón.* Esta madre es la Sinagoga, de cuya casta tomó carne el Señor; pero éste, olvidado de la crueldad de los judíos, sólo hizo caso de tener corona con que festejar el día de las alegrías de su amor, en que, padeciendo y muriendo, compraba con su sangre las almas y se desposaba con ellas en perpetua unión de caridad para eterno reinado, y las abría los tesoros de sus riquezas, haciendo para estas fiestas y desposorios espirituales y divinos alarde de sus bienes, que sin término, ni diferencia de personas, ofrecía á cuantos los quisiesen. Poniendo los ojos en este coronado y afrentado Rey, las almas enamoradas hallan en su vista cuanto pueden desear, lo que el labio no puede declarar, ni los ojos ver, ni el pensamiento imaginar, y sólo el amor lo puede de algún modo experimentar.

A esta palabra *Ecce-Homo* dan algunos varios y excelentes sentidos; porque aunque Pilatos la dijo á su intento para mostrar la inocencia del Señor y librarle de la muerte, no acaba aquí la consideración de los justos, sino poniendo los ojos en el Autor de todas estas cosas, y viendo la nueva manifestación del Señor, entienden que el Padre Eterno es el que ofrece á la vista á su unigénito Hijo, tratado por nosotros de esta manera y El es el que nos dice *Ecce-Homo*, este es el hombre que tengo ya públicamente declarado como mi amado Hijo, y quiero que sea oído é imitado. En El te doy padre, hermano, amigo, compañero, pastor, psito, guía, verdad, vida y todo cuanto tengo y cuanto puedes esperar. Por éste te perdonaré, te recibiré, te llenaré de bienes y te daré mi gloria. Alarga, oh

hombre, tu corazón, y no seas escaso; que quien te da este Hijo mío y Hombre, ¿qué te podrá negar? Este es el prometido y deseado mediador de todos tus males. Pon los ojos, pecador, en este Hombre, y dime por qué no me amas, por qué no me sirves y qué disculpa tienes en perderte. Razón fuera que tú, criatura mía, empezaras á amarme y moverme á que yo te amase; mas viendo tu descuido, te muestro este Hombre, para que acabes de ver cuánto hice por ganarte. No te pierdas, pecador, con tal Redentor como te doy; abrázate con El, tómale por guía, ofrécemele por ti con fe y amor cada vez que quisieres, que con El y por El nada te negaré de cuanto te convenga.

También entienden los Santos que el mismo Cristo nos está diciendo: *Ecce-Homo*; pon en mí los ojos, mira lo que quieres, dilata esos deseos, que para ti estoy abierto en llagas; tuyos son estos mis tormentos, tuya esta sangre y tuya esta persona y vida; vente á mí, que yo te aliviaré y recrearé. Entra por estas llagas y recoge para ti cuantos bienes hallares en este Corazón; mírate en mí como en espejo; conoce tus maldades, y por lo mucho que á mí me lastimaron, verás cuánto mal te harán á tí. *Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón.* Mira que no puedes decir que no tienes hombre para cuanto necesites; y pues á mí me tienes, no te apartes de mí. ¿Qué puede hacer por ti que no hiciese? Y si más quieres que haga, pide, que aunque sea muerte de cruz, la aceptaré. Mirame de pies á cabeza, y verás que todo soy tuyo, y todo empleado en tu servicio. ¿Qué cosa hallas más tuya que yo? ¿Quién te dice más verdad? ¿Quién te ama más? ¿Quién te ha servido más? ¿Dónde hallarás más segura amistad? ¿Pues por qué me desprecias y dejas mi suave conversación por tus gustos y pecados? Oh hombre, pues aquí me tienes por tuyo, no te pierdas ni me pierdas; porque en ninguna otra parte hallarás cuanto puedes necesitar y desear.

Tomando esta palabra de la boca de Pilatos, puede también el pecador presentarse á sí mismo ante el Señor con ella, y decirle: *Ecce-Homo*; veis aquí, Señor, al hombre pecador, por quien todo eso padecéis. Cuanto prometisteis cumplís con este hombre, que en todo os ha mentido. Yo soy el hombre de quien dice David que no puso su cuidado en el Señor, ni buscó allí el auxilio, sino que estribó en su vanidad, y por eso me hallo ante Vos tan miserable como veis. A este modo se puede y debe aprovechar de esta palabra para acusarse, ofrecerse y entregarse todo al amor y servicio de este Señor; porque aunque por maravilla llega en nosotros la obra al buen propósito, con todo eso vale mucho para con Dios el deseo continuado y frecuentemente renovado. Sobre todo acostumbre, cuando se presentare ante Dios, humillarse mucho y confundirse en su presencia; y en cuanto considere, vuélvase siempre en humillación propia, porque este es el camino más cierto de disponerse para conocer más á Dios, y recibir de El gracia para todo cuanto hubiere menester.

EJERCICIO DEL ESCARNIO DEL REINO DE CRISTO

Toda humana compasión faltó para con Vos, mi buen Jesús, ¿Qué criatura hubiera, aunque brutal, que no excitara á compasión si la vieran llagada de pies á cabeza, como Vos, amor de mi alma, os halláis? Sólo para Vos se endurecieron los corazones humanos; ni aun se corren de escupiros en ese sacratísimo rostro y llenarle de bofetadas; búrlanse de Vos con fiesta y juegos, como si fuerais loco; os afrontan como á falso rey con cetro de caña, púrpura y adornación de escarnio, burlas, saltos, gestos, y dan golpes en vuestra sacratísima cabeza con la misma caña que os pusieron por cetro. Todos se convidan mutuamente á burlarse de Vos, y estáis entre ellos callado, como si fuerais un gusano de la tierra, sin resistir ni responder. Ardéis en deseo y amor de padecer por mí; ni hay uno que se duela de vuestro trabajo y tormentos. ¡Oh amor de mi alma, oh vida de mi vida, cuándo se han de acabar estas afrentas! ¡Cuándo se hartarán de escarneceros, y Vos de padecer! Yo, mi buen Jesús, os adoro, os alabo, os glorifico y os doy infinitas gracias por todas estas mercedes, por todo este amor que me mostráis y por todos estos trabajos que padecéis. Digan y hagan estos infelices cuanto quisieren; no os pueden quitar el que seáis Rey verdadero y Señor del cielo y de la tierra.

Con las mismas palabras que ellos dicen en vuestro vilipendio, os quiero yo adorar, mi Soberano Rey, pues creo firmemente que en verdad sois el Rey que ellos desprecian y vilipendian. Dios te salve Rey de los judíos; Dios te salve Rey de los cielos; Dios te salve Rey de la tierra y Rey verdadero de las almas. Vos sois mi Dios, mi Señor y mi Rey, que dáis á los reyes la salud. A solo Vos compete con verdad este nombre de Rey, como significando el que rige; porque solo Vos gobernáis con perfecta justicia, con leyes que convierten las almas, con paz, con amor y con divina sabiduría. ¡Oh! si viniese á mí vuestro reino, si reinaseis Vos, Dios mío, en esta alma, diré con vuestro santo profeta David: «Vos, Rey mío, me gobernáis y con vuestra dirección nada puede fallarme, porque si me dejo guiar de Vos, me mantenéis con pasto divino y celestial. Daisme aguas vivas y sabrosísimas, que me refrescan; convertís mi alma y la lleváis por caminos de verdadera justicia, con la luz de vuestro santo nombre. Estando Vos, Dios mío, conmigo, ningún mal puedo temer, aunque ande en toda obscuridad y sombra de la muerte. El cetro de vuestro gobierno es para mí báculo y bordón firme en que me sustentó en mis flaquezas; y la vara de vuestra justicia, aun cuando me castigá, me consuela. No me falta en vuestra casa, mesa en que me abastece, y de que tomo fuerzas contra todos los que me tribulan. Vuestras divinas mercedes me enriquecen; vuestra suavidad y el vino de vuestro amor, que embriaga las almas, ¡oh cuán divino es y excelente! Siempre en vuestra compañía me sigue vuestra misericordia por todos los días de mi vida. De

vuestra casa quiero ser y ocuparme solo en vuestro servicio; con Vos, Dios mío y mi Rey, desea mi alma morar, acabar y vivir en Vos para siempre; no quiero otro Rey, ni otro Señor. Así despreciado y abatido os quiero más por Rey, que á todos los de la tierra en sus grandezas. (Psal. 22.)

Pero, mi Señor y verdadero Rey, no es menos propio de Vos perdonar con misericordia á quien se vuelve á Vos con arrepentimiento, que hacer justicia y castigar al que no se conoce. Yo me reconozco y postro á vuestros pies y clemencia, como el peor siervo, más indigno de vuestras mercedes y más merecedor de castigo, que todos los hijos de Adán; porque muchas veces os dejé, hui de vuestro servicio, y como traidor reconocí en mi alma otros reyes que con vuestra ley me prohibisteis; dejé reinar en mí la soberbia, la vanidad, el amor propio, el gusto de las cosas del mundo; y cuantos pecados cometí contra Vos, otros tantos reyes reconocí. Mantuve sus leyes, gobernéme por ellas, y desprecié las vuestras. A Vos perdí y dejé, volviéndoos las espaldas por andar en pos de ellos, que hasta ahora poseyeron mi corazón, y que acostumbrados á ello trabajan siempre por reinar en él. Traénme apartado de Vos, y me hicieron parecer pesada vuestra suavísima ley. Con el deseo, con la voluntad, con todas las fuerzas los serví; en ellos y con ellos gasté el tiempo, la vida y cuantas mercedes me hicisteis. Ellos me embobrecieron como veis, me destruyeron, engañaron, cegaron, robaron y me apartaron de todos los bienes; y lo peor que siento es que, aunque conozco esto y veo ahora mi perdición, todavía me siento tan acostumbrado á seguirlos, que si me llaman, ó porfian conmigo, todavía desea mi carne seguirlos, todavía les tengo inclinación y no acabo de aborrecerlos del todo; muchas veces me arrastran el sentido, me ocupan la memoria, no los venzo del todo, y muchas veces me dejo vencer de ellos. Con la costumbre de servirlos me tienen lleno de nieblas y obscuridad, y varias veces no veo perfectamente la pureza de vuestra ley. Ellos me resfrían, dejándome sin fervor para vuestros mandamientos, me cargan y hacen pesado vuestro suave camino, privándome de los gustos y suavidad de vuestra interior conversación. ¡Oh poderoso y misericordioso Rey de las almas! Apañados de mis miserias y destruid estos malos reyes; volved con vuestra virtud á tomar el señorío de esta alma, que es vuestra. Yo la destruí; recobradla Dios mío. Vos sois justo y optimo rey, y por eso dáis leyes á los que pecan y desean volver á vuestros caminos. Ponedme ley, Dios mío, y ayudadme á cumplirla. ¡Oh, cuándo me veré poseído y gobernado sólo de Vos, mi Rey y Señor mío! ¡Cuándo llegaréis á reinar en esta alma, y yo á obedeceros sin resistencia! ¡Cuándo aborreceré á todos los que hasta ahora reinaron en ella! Por esas deshonras, por esas bofetadas, por esos desprecios, os pido, mi verdadero Rey, misericordia; que sólo Vos reinéis en mí, sólo me poseáis, sólo seáis obedecido y reconocido Rey de mi alma, pues sólo Vos lo sois.

«Quién, Rey mío, como Vos? Rey sois: mas vuestra Majestad no

espanta, antes lleva tras de sí las almas; vuestro cetro no mete miedo, antes convida á todos á que os busquen y amen. Con razón, mi buen Jesús, os ponen esos infelices cetro de caña, que ellos no entienden, porque de Vos está escrito que no romperéis la caña hendida, sino que la sanaréis y fortaleceréis. En vuestra mano, Dios mío, sanan los que fuera de Vos se pierden; se sustentan los que fuera de Vos se destruyen, porque sois Rey que todo lo podéis, Padre amorosísimo que os complacéis de hacer todo bien á los que se ponen en vuestra mano. No sois Vos, Rey mío, como los de la tierra, que si uno priva con ellos, otro le envidia; porque no puede el rey terreno comunicarse á muchos, pues si se da á unos, se ha de quitar á otros. Vos, Rey mío y amor de mi alma, no sois así; todo os dáis á todos y todo á cada uno. Ni os desahacéis, ni os dividís; todos pueden privar mucho con Vos; á todos y á cada uno amáis con infinito amor. Con Vos, mi soberano Rey, priva el humilde, el pobre de espíritu, el que llora, el que pide limosna, el que os desea, el que arde en vuestro amor, el que se duele de sus culpas, y cada uno puede tener con Vos tanto valimiento cuanto sea el amor. No hay en vuestra casa hidalgas y villanías; no hay desigualdades ni aceptación de personas; tan noble, tan grande, tan privado, tan honrado, tan estimado será de Vos, cuanto pudiere amaros. Como os busque con luego de amor, luego es acepto, luego grande, luego tiene cuanto quiere y cuanto desea, porque vuestros bienes no se disminuyen por darse. ¡Oh, si os amase, Dios mío, si os buscase, si del todo me entregase con todo corazón! Abrasadme Vos, amor divino, transformadme en Vos y llevadme tras Vos. Ya que más no puedo ni alcanzo, cantaré con vuestro Profeta David este Salmo:

Alaba, alma mía, al Señor. Yo le alabaré toda mi vida; á mi Dios cantaré alabanzas mientras yo sea. Ninguno confío en príncipes, ni en hijos de los hombres, en quienes no hay salud. Mueren y se convierten en la tierra que son; y en el día que acaban perecen todos sus pensamientos y esperanzas. Dichoso el que tiene á Dios por su ayudador, y pone toda su esperanza en este Rey y Señor que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos. Este Rey es el que cumple siempre la verdad, hace justicia á los que padecen injuria y da de comer á los hambrientos. Este rompe los grillos á los presos, y este alumbrá á los ciegos. Este levanta á los derribados y es el que ama á los justos. Este guarda á los peregrinos que se refugian en su casa, recibe á la viuda y al huérfano, y destruye los caminos de los malos. Este mi Señor reinará de generación en generación eternamente; éste es seguramente servido, y en él se pone bien la esperanza, porque reinará para siempre. (Salmo 145.)

Alabo y adoro, Dios mío, vuestro reinado: á él me someto, á Vos deseo, á Vos me ofrezco todo, haced de mí cuanto quisieréis. Más quiero ser castigado y afligido de vuestra mano, que regalado y favorecido del mundo. Recibidme, Dios mío, por vuestro; gobernadme, amparadme, defendedme, castigadme, consoladme, enriquecedme de Vos, y abrasadme de vuestro amor para siempre.

¡Oh Reina de los Angeles, llena de mercedes de este Señor! Á Vos tomo por mi valedora, para que me sujetéis perpetuamente á su servicio, y El me reciba desde ahora para siempre por suyo, y

jamás me suelte de su mano. Oh ciudadanos del reino de este Rey verdadero, y presos de su amor, prendedme á mí con Vos. ¿Qué será de mí fuera de vuestra compañía? Ayudadme á ser uno de los fieles y perpetuos siervos de este Señor que veis, que amáis, y que siempre y para siempre adoráis. Amén.

EJERCICIO DE LA PALABRA «ECCE HOMO»

Espera, alma mía, á tu Señor, que le sacan fuera para que le veas y adores. ¡Oh mi Señor, mi Rey y mi Dios! ¿quién os trató de esta manera? ¡Oh hermosura del cielo! ¿Con las manos atadas, vestido de escarnio, la cabeza coronada de espinas, goteando de ella y de todo el cuerpo sangre, hecho una viva llaga, cabellos despedazados, rostro hinchado, y con caña en la mano por afrenta, os sacan á la vergüenza á vista de vuestros amigos y enemigos? Hasta Pilatos se burla de que os llamen y acusen de falso Rey, diciendo *Ecce Homo*, esto es: ¿Dónde está el poder, el ejército y el Estado de este que llamáis Rey? ¿Es acaso este hombre capaz de levantarse con el reino? ¡Oh mi Salvador! qué vergüenza pasarais ahora, habiendo tan pocos días que todas vuestras obras y doctrinas os hacían maravilloso delante de estas gentes, y ahora que os ven así, ¿en qué sería vuestro dolor? ¡Oh mi gloria y mi bienaventuranza! Yo os adoro, alabo y glorifico cuanto puedo. Imprimid esa lastimosa figura en este corazón duro; enternecedme con tal vista, y hacédme sentir lo que en Vos veo; arrebatadme todo en vuestro amor, pues todo os veo por mi amor de esa manera. Cautivad, mi Señor y verdadero bien, toda esta alma de la hermosura del fuego que en Vos arde; así llagado, así afrentado venís tan humilde, tan modesto y callado, que de todo Vos salen llamas de vivo amor; lleguen, Señor, á mí, abrásenme y consumánme todo por Vos y en Vos. ¡Oh hermosísimo, oh dulcísimo, oh riquísimo, oh amabilísimo, oh suavisimo Cordero! ¿para qué queréis que os saquen al público así tratado, sino para arrebatat con vuestra vista las almas y unir las á Vos? Pues, esperanza mía y vida de mi alma, echad mano de este miserable, que en él tiene vuestro amor mucho que manifestar. Así llagado, me echo, buen Jesús, á vuestros pies; aquí me ofrezco todo y tal cual Vos veis que estoy; poniendo Vos los ojos en mí, confío me será dado lo que yo no merezo, y seré recibido. Para mí estáis así, para mí es esa sangre, y cuanto en Vos veo; mirad para Vos, mi buen Jesús, y haced conmigo lo que esa sangre, esos trabajos y ese tormento os piden.

Considera, alma mía, que Pilatos no sabe lo que dice: el Padre Eterno es el que por su boca habla contigo, y te dice: *Ecce Homo*. Mira aquí el Hombre, alma miserable, que no es menos amigo tuyo que Hijo mío; porque si es igual conmigo, por recibir de mí infinita y divina substancia, también á ti te ama con amor infinito y divino. Este es mi hijo muy amado: este te doy á ti, y por ti, de la manera que ves. ¿Qué más quieres de mí? ¿Qué más puedo hacer por ti? Recíbele, óyete, ámale, imítale. En El te doy todos los bienes, reme-

dio para todas necesidades, alivio de los trabajos, consuelo de las tristezas, paga de cuanto me debes, mediador para tus peticiones, tesoro para cuantos bienes supieres desear. Y pues en El has de hallar cuanto tengo y cuanto has de menester, todo te lo doy y todo quiero que sea tuyo. Mira, hombre, cómo te amo, pues por ti no perdono á mi Hijo; mira lo que me debes, y que no quiero de ti más paga sino que en todo te aproveches de El, le ames y le imites.

¡Oh Padre Eterno! Infinitas gracias os doy por esta caridad inmensa que me mostráis. Bien sé que por todas estas mercedes os contentáis sólo con que yo me entregue todo á Vos; mas ¿quién soy yo para que me queráis mirar y llenar de tantos bienes habiendo sido siempre pecador? Mas pues vuestra infinita caridad me franquea ese tesoro, yo le acepto de vuestra mano paternal, con él me contento, á él os le ofrezco por todos cuantos males en mí hay. Acordaos, Padre Eterno, que por Ezequiel os quejabais de no hallar hombre que se pudiese mediador ante Vos y contuviese vuestra ira, por quien derribaseis el muro de pecados que nos aparta de Vos: *Ecce Homo*, veis aquí, Dios mío y Padre celestial, el hombre que en todo hizo vuestra voluntad y que por nosotros se halla así llagado. Y pues en El os complacéis, mirad á El, y por El y con El recibídmelo. Yo os le ofrezco con toda su sangre, tormentos y merecimientos; con El y en El me entrego á Vos desde ahora para siempre. Perdonadme por El mis males; alentad por El mi flaqueza; alumbrad por El mi ignorancia; curad mis llagas, enfervorizad mi tibieza y tomadme siempre por vuestro. No se pierda en mí, Dios mío, esta preciosa sangre, pues fuera de El soy perdido, fuera de El muero, sólo en El vivo.

También el Hijo de Dios, aunque callado, te habla con su sangre y con todo cuanto ves en El, y te dice: *Ecce Homo*. Ya no puedes decir con el paralítico, que no tienes hombre que te lleve á la piscina y te sane. Mirame aquí por ti convertido en piscinas de sangre para tu remedio. Sin que lo merecieses ni me lo pidieses, hice tanto por ti, y aún he de morir en una cruz. ¿Por dónde andas cuando no andas tras de mí? ¿Qué buscas cuando no me buscas á mí? ¿Qué amas cuando á mí no me amas? ¿Qué amigos hallarás como yo? ¿Qué hermano, ni qué Padre hará por ti lo que me ves hacer? Mira que estimé más tu remedio y tu provecho, que mi honra y mi vida. Ven á mí, que yo te abrazaré, aliviare, colmaré de bienes, de amor y de felicidad. ¡Oh mi Jesús, amigo verdadero de mi alma, ¿quién siempre os amara, quién nunca os ofendiera ni se apartara de Vos? Yo soy el hombre que teniéndos por mí os deseché, no puse en Vos mi amor, ni mi esperanza; fundéme en la vanidad y amé lo que aborrecéis; pero, mi suavísimo Jesús, ¿cómo podré desconfiar de esas entrañas de amor, siendo Vos quien sois? ¡Oh todo mi bien! Veis aquí el hombre por quien os hicisteis Hombre; veis aquí el miserable por quien tanto padecéis. El amor que á tanto os llevó por mí, no se ha acabado; tanto arde en Vos ahora como siempre. Por él os pido que me perdonéis los ye-

ros pasados, y de aquí adelante me haréis otro transformado en Vos, Alma, cuerpo, fuerzas, honra, vida y todo cuanto de vuestra mano recibí, os ofrezco, y en vuestras manos pongo aun mis pecados, miserias y necesidades para que las remedéis; en todo y de todo haced lo que ese amor y esas llagas os piden. Tan miserable y ciego me hallo, que ni aun sé lo que me conviene, ni pedirlo; hable por mí lo mucho que me amáis y lo mucho que por mí padecisteis, porque yo no acierto más que á ofrecermelo y entregarme á Vos, mi Jesús, mi Dios, mi amor y mi verdadero amigo.

¡Oh Madre de Dios santísima, que en esta hora visteis á vuestro único Hijo como cordero entre lobos, tratado tan deshumana y cruelmente, y vuestras entrañas fueron traspasadas de dolores inmensos! Por ellos os ruego que los vuestros y de vuestro Hijo no se aparten jamás de mi corazón, que me mudéis todo en hombre nuevo y en servicio y amor suyo y vuestro. ¡Oh ángeles del cielo, ciudadanos de la soberana corte, á quienes el amor, sangre y merecimientos de este Señor hicieron tan ricos, gloriosos y exentos de nuestras miserias! Compadeceos de este miserable desterrado, faltar de todos los bienes, y alcanzadme por vuestra intercesión que desde ahora para siempre corresponda yo con amor y fiel servicio á cuanto el Señor demuestra en este paso. Amén.

TRABAJO XLI

Sentencia de muerte.

VIENDO Pilatos la deplorable figura en que el Señor quedó de los azotes, corona de espinas y escarnios que le habían hecho, se persuadió (como dijimos) que, mostrándole así al pueblo, conocerían su inocencia, moviéndolos á compasión, para que todos desistiesen del empeño de quitarle la vida; pero no le sucedió como pensaba, porque es propio de los que hacen mal por pura envidia, malicia y aborrecimiento, que si logran sus primeros ardores, no se satisfacen con cuanto vean en aquel á quien pretenden dañar, antes el buen suceso en el principio les da alas para llevar hasta el fin el mal que le desean hacer. Así, la demostración que Pilatos quiso hacer en el Señor para manifestar su inocencia y quebrantar la furia de sus enemigos, dió mayor ocasión para la terquedad en condenarle á muerte; pues viendo que meliéndolo á voces y amotinando al pueblo obligaron á Pilatos á que le mandase azotar, y le habían torcido para que consintiese en tratarle tan injuriosamente, se persuadieron de que estaba ya la causa en buen estado y sería muy fácil concluiría, precisándole á que diese la sentencia de muerte. Por tanto, cuando Pilatos les mostró al Señor para que viesen su inocencia, no dieron más respuesta que *quítale, quítale, crucifícale, crucifícale*. Pilatos dijo: *¿Pues qué mal ha hecho para crucificarle?* Todos, sin buscar más razones, á carga cerrada prosiguieron en gritar: *crucifícale, crucifícale*. Y tres veces que Pila-